

IÑIGO AGUAS

LOS
CUERPOS
DE LAS
ÚLTIMAS
VECES

CROSS
BOOKS

IÑIGO AGUAS

LOS
CUERPOS
DE LAS
ÚLTIMAS
VECES

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Iñigo Aguas
© de la imagen de cubierta: © Leandro Crespi Studio / Stocksy. Rubén
Tomás. Zef Art, Forever / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-08-23208-7
Depósito legal: B. 13.182-2020
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El corazón me late cada vez más rápido. La frente se me llena de sudor y no consigo enfocar lo que tengo delante hasta que cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir.

Ahí está. El cuadro. El puto cuadro que pintó mi madre.

Verlo es como sentir un estallido dentro del pecho. Y no, a mí no se me ha roto el corazón, a mí el corazón me acaba de explotar.

—¿Qué es?! —grita Alex desde la cocina.

—¿Qué es el qué? —Noto la lengua torpe.

—Coño, el regalo que me ha hecho mi padre.

Recibo un nuevo latigazo de dolor que me hace apretar los dientes.

Me llevo la mano para masajear la zona, como si así fuese a hacerlo desaparecer. Pero no. No solo no lo hace, sino que encima el dolor avanza a sus anchas, mordiendo el resto de órganos hasta que siento que mi cuerpo deja de pertenecerme. Que ya no mando sobre él. Que pierdo el control.

—¿Eric?

—Dime.

—No, dime tú. ¿Lo has abierto? ¿Qué es?

¿Por qué insiste tanto? Se suponía que le daba igual. «No quiero sus regalos», eso fue lo que me dijo antes.

Miro el cuadro. Las imágenes de un hombre acercándose en la exposición me vienen como fogonazos. Otra imagen, esta de mi madre, con la cara pálida. Así debo de estar ahora, blanco nuclear, porque la idea de contárselo me paraliza. No es que el mundo se pare en seco, *no*, el que se ha parado en seco soy yo, que no me puedo mover. ¿Cómo que no me puedo mover? Clavo la mirada sobre mis dos piernas, intentando que sean ellas las que me expliquen qué es lo que está mal. No lo recordaba tan difícil, se empieza por una y después le sigue la otra, hostia. ¿Por qué no ocurre nada? ¿Por qué tengo la sensación de que están forradas por una capa de cemento?

—¿Me vas a contestar algún día?

Solo pienso en huir lejos de ese maldito cuadro. De lo que significa. De la imagen tan horrible que me viene a la cabeza.

Oigo pasos.

«Muévete. Muévete. Muévete. Mierda, Eric. Haz el favor de salir de ahí. Corre. Corre. Corre.» La vocecita que chilla en mi interior tiene que estar arrancándose el pelo desesperada, porque sigo sin salir de este salón que, de pronto, parece extremadamente pequeño, a pesar de sus generosas proporciones. «Es ese cuadro», pienso. «Ese cuadro lo llena todo. No hay espacio por donde salir. Es una trampa.»

—Eric —me llama la voz, mucho más cerca—. Anda, pero si es un cuadro.

Trago saliva. Menos mal que estoy dándole la espalda. Mi cara debe de ser un poema.

—Creo que en la pared quedaría perfecto, ¿te gusta a ti? Como estás tan callado...

—No lo sé —respondo bajito.

—Ya veré. Oye, termino la cena enseguida. Calculo que en unos cinco minutos.

¡¿Cinco minutos?! Cinco minutos es muy poco tiempo

como para recuperarme sin que note algo raro. Se va a dar cuenta y me hará preguntas.

Joder, joder! Necesito respirar y para eso tengo que salir de aquí. Pero sigo sin poder moverme.

Empiezan a picarme los ojos. Se están llenando de gotitas enormes y redondas.

No, Eric, no vas a llorar. Tienes que calmarte.

A ver, esto no me puede estar pasando a mí. De hecho, no está pasando. No es el cuadro de mi madre. El padre de Alex no pudo ser el mismo hombre que lo compró al final de su exposición. Mi madre y su padre no tuvieron una aventura. Alex y yo no somos hermanos. Todo esto tiene que ser un error. Sí, un error. Voy a sonreír, porque nada de esto está pasando en la vida real. Es un sueño. Ahora despertaré y volveremos a estar en la habitación roja, Alex me dirá que me he pasado toda la noche moviéndome de un lado a otro, que casi lo tiro de la cama, que no le he dejado dormir. Yo le cogeré la cara con mis manos y olvidaré la pesadilla en cuanto le bese.

Sonrío.

Pero cuando abro los ojos mis labios tiemblan encima de los dientes, porque el cuadro de mi madre sigue estando ahí.

No son imaginaciones mías.

Si extendiendo la mano puedo tocarlo.

Es real.

—Espero que te comas todo lo que tengo para ti —dice Alex entrando en el salón y colocando los platos encima de la mesa de centro. Huele a comida caliente. A pollo y verduras.

Si no fuese porque siento que la tierra me traga y que yo caigo por un agujero que nunca termina, hasta me habría ruborizado con eso de «espero que te comas todo lo que tengo para ti». Sé que su intención era esa. El caso es que ni siquie-

ra sonrío. Incluso llego a recibir el juego de palabras como un golpe, porque en este momento, con la idea de que Alex y yo podamos ser hermanos girando en mi cabeza, me siento la persona más repugnante del mundo.

Alex parece darse cuenta y cambia el gesto.

—Tengo que irme. —Me adelanto antes de que pregunte nada.

—¿Qué?

—Que me tengo que ir.

—Pero te he hecho la cena.

—Lo sé. Lo siento. Se me ha cerrado el estómago.

Alex suelta un bufido.

—No digas tonterías. Si acabamos de llegar. —Una pausa—. Venga, siéntate y ponemos una peli, la que te dé la gana. —Trata de adoptar un tono más conciliador porque la tensión empieza a palpase en el ambiente, aunque no le funciona del todo—. Como si quieres que nos pongamos a ver una de Bob Esponja. Pero siéntate. La cena se va a enfriar. Y no quiero que se enfríe.

Miro la comida que hay sobre la mesita, la servilleta perfectamente doblada y hasta una vela encendida en la que no me había fijado hasta ahora. Los detalles. Mis ojos se ven atraídos por el vibrante movimiento de la llama, y por un instante tengo ganas de poner la mano encima para volver a sentirme vivo. Reaccionar. Gritar. Huir.

El fuego se graba en mi retina. La habitación cada vez es más pequeña.

Aire. Me falta aire.

—Por favor.

—Vamos a ver, ¿se puede saber qué es lo que te pasa? Porque está claro que algo te pasa y no entiendo por qué no me lo cuentas.

—Que quiero irme. Eso es lo único que me pasa.

—¿Es por lo de Gala otra vez?

—No.

—Entonces no sé qué he hecho mal.

—Tú no has hecho nada mal.

Alex da un paso hacia delante. Aunque también lo hacen la mesita, el sofá, la pared, el cuadro... Todo lo que me rodea se me acerca, comprimiendo el espacio.

Inspiro, pero no me llega todo el aire que me hace falta. Es como si tuviese una pajita en mitad de la garganta y se filtrara todo el oxígeno.

—Me estoy ahogando.

—Tranquilízate —me pide—. Luego, cuando estés mejor, comes un poco. Te sentará bien.

—Que no.

Se frota la cara con las manos. Está a punto de mandarme a la mierda.

—Como entenderás, no me he currado la cena para guardarla en un puto túper.

Me quedo callado. Eso lo pone más nervioso.

Al final pierde la paciencia. No hace falta conocer a una persona para saber cuándo ha llegado a su límite. Solo hay que mirarle a los ojos, y los ojos de Alex parecen decirme de todo menos cosas bonitas.

—De puta madre.

Mira la cena. Después me mira a mí otra vez.

Su pecho se hincha. Se mordisquea el labio inferior y gira sobre sí mismo antes de volver a hablar.

—Ya sabes dónde está la puerta. Así que no sé a qué estás esperando. ¿Por qué sigues todavía aquí? ¿Quieres irte? Vete. Pero hazlo de una puta vez. —Mastica las palabras como si fuese un trozo de carne que se le hace bola—. Y algo más: que sepas que me da mucha rabia que hagas esto. Muchísima. Podríamos haberlo pasado genial, pero tú has preferido

mandarlo todo a la mierda porque te ha salido de los cojones. Parece que te guste que estemos mal siempre.

Oh, no. Eso sí que no.

—Eres un egoísta de mierda —siseo enfadado—. Te digo que quiero irme. Que me estoy ahogando. Y a ti solo te jode que hayas hecho cena para dos porque ahora sobra comida. ¿En serio, Alex? ¿En serio no ves que estoy mal? Es que esto parece de coña.

Silencio.

Alex se queda pensando en lo que le he dicho, porque no intenta responder inmediatamente. Hunde las manos en los bolsillos y yo miro hacia la puerta. Necesito llegar hasta ahí, pero pasan cinco, diez y veinte segundos y aún no consigo moverme. Estoy bloqueado. Siento que la salida está terriblemente lejos, que una cadena fría e invisible me mantiene atado al cuadro y me impide alejarme de él.

No soy consciente de que tengo a Alex detrás hasta que me abraza por la espalda.

—Perdona por ponerme así... —Me besa el cuello—. Y perdona por no darme cuenta, ¿vale? Han pasado muchas cosas y..., y... no quiero cagarla. Esta vez no. —Otro beso, más breve—. Y claro que veo que estás mal, por eso te he preguntado qué pasaba. Estoy aquí, contigo. Juntos. Para lo que sea.

Tengo ganas de llorar.

No deja de repartir besos a lo largo de mi cuello. Yo los recibo con un dolor punzante, como si en lugar de su boca estuviese jugando con la punta de un cuchillo.

Al no decir nada, entiende que ya estoy más calmado y se anima a preguntar:

—¿Seguro que no tienes hambre? —Su voz ronca sonando en mi oreja.

El abrazo se vuelve obsceno, porque entonces Alex aprieta su erección contra mis nalgas y escucho un gemido de satisfacción.

Abro mucho los ojos.

Es como si al hacerlo hubiese pulsado un botón. Un botón que me devuelve la movilidad y me hace dar un respingo.

—¡¡No me toques!! —grito separándome de él.

—¿Qué coño te pasa ahora?!

«Que puedes ser mi hermano.»

—Que no soporto lo que hiciste con Gala —suelto de golpe, con el corazón a mil revoluciones. Y una vez empiezo ya no hay vuelta atrás, las palabras se empujan entre ellas para salir, cansadas de esperar tanto—. Tenías razón, estoy mal porque no me lo saco de la cabeza.

—Pero me has perdonado.

Me mira con ojos tristes.

—Pero es algo que no voy a olvidar nunca. Y por eso sé que esto no va a funcionar.

Retrocede un paso.

—No lo dices en serio.

—Lo siento, Alex.

Sonríe.

Es una sonrisa difícil, porque no se parece a ninguna de las que haya visto antes.

Sin embargo, hay algo oscuro en ella que hace que yo también retroceda un paso instintivamente, como intentando mantener una distancia de seguridad. Por si acaso.

—Vete. Vete de una puta vez.

2

Alex: Hola, Eric. La verdad es que no sé si debería escribirte o no, pero te echo de menos. Me gustaría poder hablar las cosas en persona. El otro día terminamos un poco mal y no quiero que estemos enfadados. Y lo de Gala es una chorrada.

Alex: Dime algo.

Alex: Eric, ha pasado un día y sigues sin contestar. Cuánto tiempo vas a seguir así?

Alex: Eric...

Alex: Hoy en clase ni siquiera me has mirado.

Alex: Hola?????

Alex: Vale, lo de Gala no es una chorrada. Perdona. Es que me jode que me digas eso porque para mí no fue importante, pero entiendo que para ti sí lo sea. Era tu mejor amiga. No sé qué más decir aparte de que lo siento. Ojalá pudieses estar dentro de mí para que entendieses muchas cosas, yo me explico fatal con palabras.

Alex: Tío, por lo menos dime algo. Cualquier cosa.

Alex: Genial, pues déjame en visto.

Alex:...

Alex: Gilipollas!!!!

Alex: Eric, llevamos dos días sin hablar. Y no quiero seguir así. Y perdón por llamarte gilipollas.

Alex: ????

Alex: Hola, Eric, puedo llamarte?

Alex: Te acabo de llamar.

Alex: Una semana. Una puta semana sin saber nada de ti. Te juro que me estoy volviendo loco. Por favor, habla conmigo.